

LIBROS

FELIKS GROSS y REX D. HOPPER, *Un Siglo de revolución*. UNAM, México, 1959, 412 pp.

A TRAVÉS de varios acontecimientos históricos característicos, se estudian los movimientos que se han producido en la lucha por el poder, en especial las técnicas y las tácticas que han servido de instrumento, y las diversas formas que se han empleado para derrocar a las autocracias y a las democracias.

Fundamentalmente se pueden producir dos tipos de transferencias violentas del poder: revoluciones desde abajo (en las que participa principalmente el pueblo), y revoluciones desde arriba (que realiza un grupo situado dentro del poder mismo). También pueden combinarse ambas formas, o presentarse algunas variantes de las mismas.

Para describir la acción de los partidos políticos y su manera de manejar las ideas y las estrategias, se hace un análisis histórico del movimiento revolucionario ruso, y se estudian algunos aspectos de la Revolución Mexicana.

En Rusia, gracias a sus complejas circunstancias sociales, se pudieron poner en juego las más diversas estrategias y tácticas. El movimiento decembrista (una revolución militar desde arriba) fracasó por las vacilaciones de sus jefes, y por no tener el apoyo de las masas. Más tarde los revolucionarios socialistas buscaron el apoyo del pueblo (revolución desde abajo). Se empleó el terrorismo individual y las huelgas como armas en contra del gobierno zarista; la toma del poder fue lenta pero inevitable.

Luego los autores consideran la lucha en contra del poder detentado. Estudian la sociología de los movimientos subterráneos de resistencia (Francia, y principalmente Polonia), los tipos de personalidades que los constituyeron, y sus actividades heroicas. Otra fuerza que lucha desde el exterior es la emigración política que huye de las tiranías (Francia Libre, el gobierno polaco en exilio, etcétera), y los autores no olvidan describir sus actividades, y subrayan la importancia de estos grupos en la reconquista del poder.

Este estudio social está dedicado en sus últimas consecuencias a defender la libertad. La revolución es un instrumento democrático que se ha utilizado en contra de la tiranía; pero los dictadores también la han empleado cuando las democracias son débiles. El conocimiento de las técnicas revolucionarias puede ayudar a prevenir los males sociales que acarrea el advenimiento de las dictaduras.

C. V.

G. E. LESSING, *Laocoonte*. UNAM. México, 1960, 194 pp.

LESSING (1729-1781) se inició en las letras como dramaturgo, y sus obras dramáticas (*Miss Sara Sampson*, *Emilia Galotti*, *Minna Von Barhelm*, etcétera) alcanzaron en su época un gran éxito. También ejerció otros géneros. En sus ensayos, polémicas y cartas, expresó sus opiniones iluministas sobre religión y filosofía. En su *Laocoonte* se muestra como un profundo erudito del arte griego. En este tratado de carácter polémico discute el estudio de Winckelmann: *De la imitación de las obras griegas en pin-*

tura y en escultura, y trata de deslindar los terrenos que corresponden a la poesía y a las artes plásticas.

El Laocoonte de la escultura a pesar de sus sufrimientos no grita, sino suspira. Imagen que no corresponde a la descripción patética que Virgilio hizo del sacerdote troyano. Estas diferentes concepciones (explica Lessing) obedecen a las exigencias propias de cada arte. Mientras que en las representaciones plásticas se procuraba moderar las expresiones de dolor, en las descripciones literarias estaba permitido mostrar en toda su intensidad las penalidades de los personajes. Lessing acumula numerosos ejemplos en apoyo de su tesis, y luego ofrece otras razones para fundamentar las diferencias que existen entre los tratamientos propios de la escultura y de la poesía. A la primera le asigna el dominio del espacio, a la segunda el del tiempo. Sobre estas premisas Lessing desarrolla sus ideas sobre lo bello y la imitación de la naturaleza. Así, por ejemplo, concluye que la escultura presenta un punto de vista inmutable y único; en cambio la poesía posee varios puntos de vista y es capaz de representar una acción. Los campos que deslinda el autor corresponden a las posibilidades de cada una de las artes. Se puede afirmar, por regla general, que donde las artes plásticas encuentran una limitación, la poesía tiene un campo libre para su desarrollo, y a la inversa.

Aparte de sus conceptos (muchos de ellos aún no han perdido su validez) la lectura de *Laocoonte* es interesante por el amplio conocimiento y la penetración que muestra el autor en su examen de las obras clásicas.

C. V.

FERNANDO BENÍTEZ: *La batalla de Cuba* (con un ensayo de Enrique González Pedrero). Ediciones Era, Colección Ancho Mundo, 1. México, 1960, 185 pp.

NO ES novedad afirmar que Fernando Benítez es un excelente periodista; libros anteriores a *La Batalla de Cuba* habían señalado su profundo conocimiento del oficio y una singular, auténtica actitud. Benítez, al mismo tiempo que representa la dignificación del periodismo mexicano (crónicas y reportajes de calidad, rechazo de todo lo que suene a improvisación, a fácil concesión, a "lo" periodístico, dicho sea en el sentido cotidiano de su práctica) es, ante todo y sobre todo, un escritor. *Ki, el drama de un pueblo y una planta*. *China a la vista*, *La vida criolla en el siglo XVI* y *La ruta de Hernán Cortés*, obras en donde la crónica, el reportaje, la evocación histórica alcanzan una dignidad literaria rara vez lograda en México, anunciaban y dejaban ver *El rey viejo*, novela de grande éxito cuya principal virtud reside en la amalgama del relato novelesco con el tratamiento periodístico. Las cualidades mayores de Benítez, advertibles en los títulos citados, están presentes en *La batalla de Cuba*, libro que, a despecho del testimonio de actualidad, es muestra perfecta de lo que puede y debe hacer un periodista cuando está consciente de su responsabilidad de escritor.

No insistiremos en la profunda significación que reviste la revolución cubana para la historia de los pueblos hispano-americanos ni para nuestro particular momento vital; odisea ejemplar, sus días siguen escribiéndose diariamente en los periódicos del mundo. Todos conocemos lo que representa ya como hecho político-social y todos sabemos también la campaña ignominiosa que cae sobre ella a cada momento. Baste decir que en un medio como el nuestro, víctima del periodismo de ocasión, del amarillismo y el comercio, este libro de Fernando Benítez es útil no sólo por sus aciertos sino por la honradez que lo anima, por su denuncia de más de un hilo en la sucia maniobra del desprestigio por encargo.

La batalla de Cuba está escrito en prosa fácil, fluída, amable y sin embargo rigurosa, precisa. Es un libro que se lee con el mayor interés, porque el estilo es modelo de eficacia, porque los sucesos narrados marchan sin tropiezos. Lo novelesco de muchos de los hechos señalados alcanzan profundo dramatismo y rebasan los límites de la anécdota superficial. Sin que el autor pueda desprenderse de ciertos elementos líricos, la actitud persiste en la más clara objetividad. Sin otra pretensión que el testimonio personal a través de notas, apuntes y crónicas (no se trata de un ensayo político-social y por tanto es insuficiente la inmediata reserva sobre la poca profundidad de sus alcances), la estructura general está puesta al servicio del principal objetivo de un libro de esta clase: la *amenidad* — que aquí no resulta del todo sinónimo de epidermis.

A modo de complemento, Enrique González Pedrero formula su *Fisonomía de Cuba* pasando revista a las características del terreno y del hombre a través de sus peculiaridades históricas y de la situación económica.

J. M. V.

ALFONSO REYES. *Los nuevos caminos de la lingüística*. Suplemento del Seminario de Problemas Científicos y Filosóficos, 21. U.N.A.M. México, 1960.

DE ALFONSO REYES "versión mexicana de la cultura de occidente", como certeramente lo definiera Juan José Arreola, se ha dicho todo o casi todo. Los numerosos ensayos y aproximaciones a su obra, que se han realizado y se siguen realizando, ponen siempre de manifiesto su vasto talento, su insólita cultura, la comprensión y el dominio que ejercía sobre todas las ramas del saber literario. Fue inobjetablemente, uno de los mayores y más generosos escritores de Latinoamérica; su obra poética, sus cuentos, sus definitivos ensayos lo convirtieron en la más alta expresión de nuestras letras.

Reyes redescubrió y analizó luminosamente a Góngora, a Mallarmé, el proceso y significado de la cultura griega. Marcó en *El deslinde* (prolegómenos a la teoría literaria), una etapa difícil de superar en el estudio integral, científico de los problemas de la literatura; nos dio en cada uno de sus escritos y de sus espléndidas traducciones, lección extraordinaria de constancia en el oficio, de genio del idioma, de respeto profundo a su vocación.

El Seminario de Problemas Científicos y Filosóficos fiel a su constante preocupación de relacionar nuestro pa-

norama cultural con los logros más recientes, con las conquistas más señaladas de la ciencia y el pensamiento contemporáneos, ha considerado necesaria la publicación del discurso de don Alfonso Reyes, al tomar posesión de la presidencia de la Academia Mexicana de la Lengua, correspondiente de la Española, el 17 de mayo de 1957. Aunque ya había aparecido en *Cuadernos Americanos* y en las *Memorias de la Academia*, se requería sin embargo, que fuera presentado de una manera especial, más accesible.

Esta reimpresión, que se suma a los múltiples homenajes póstumos dedicados a Reyes, nos permite otra vez entrar en contacto con una de las mentes más lúcidas, más fecundantes de nuestro tiempo. El discurso no es sino una breve y espléndida síntesis de la problemática y las exigencias actuales de la lingüística. Las nuevas rutas de esta ciencia se inician a partir de la concepción de una teoría de la lengua y de una "intención filosófica, que tiende a considerar el lenguaje como uno de los pocos sistemas fundamentales de forma simbólicas". Se ha promovido un examen sistemático y exhaustivo del lenguaje y de sus modos de existencia, para despojarlo gradualmente de las implicaciones esotéricas en que lo sumergían la metafísica y las reglas de las academias.

La lingüística ha progresado con firmeza, impulsada sobre todo por la cooperación internacional (tan preciosa para el desenvolvimiento de las ciencias modernas), que le ha permitido "en fecha todavía cercana ser admitida como uno de los elementos que contribuyen a la soñada unidad de la ciencia. Y lo que es más se ha llegado a la novísima aplicación de la lógica simbólica y las matemáticas a las cuestiones del lenguaje". Por supuesto, no se implica en tal afirmación, la standarización matemática del acto creativo ni la reducción a sus últimos términos científicos de todo proceso literario. Pero "se ha esclarecido el hecho de que, en una proporción apreciable y desde luego para sus funciones prácticas, el lenguaje se mueve según sus procesos más regulares de lo que antes se sospechaba y que, en realidad, está gobernado históricamente por un orden preexistente y propio, el cual sin cesar se mantiene al par que se renueva".

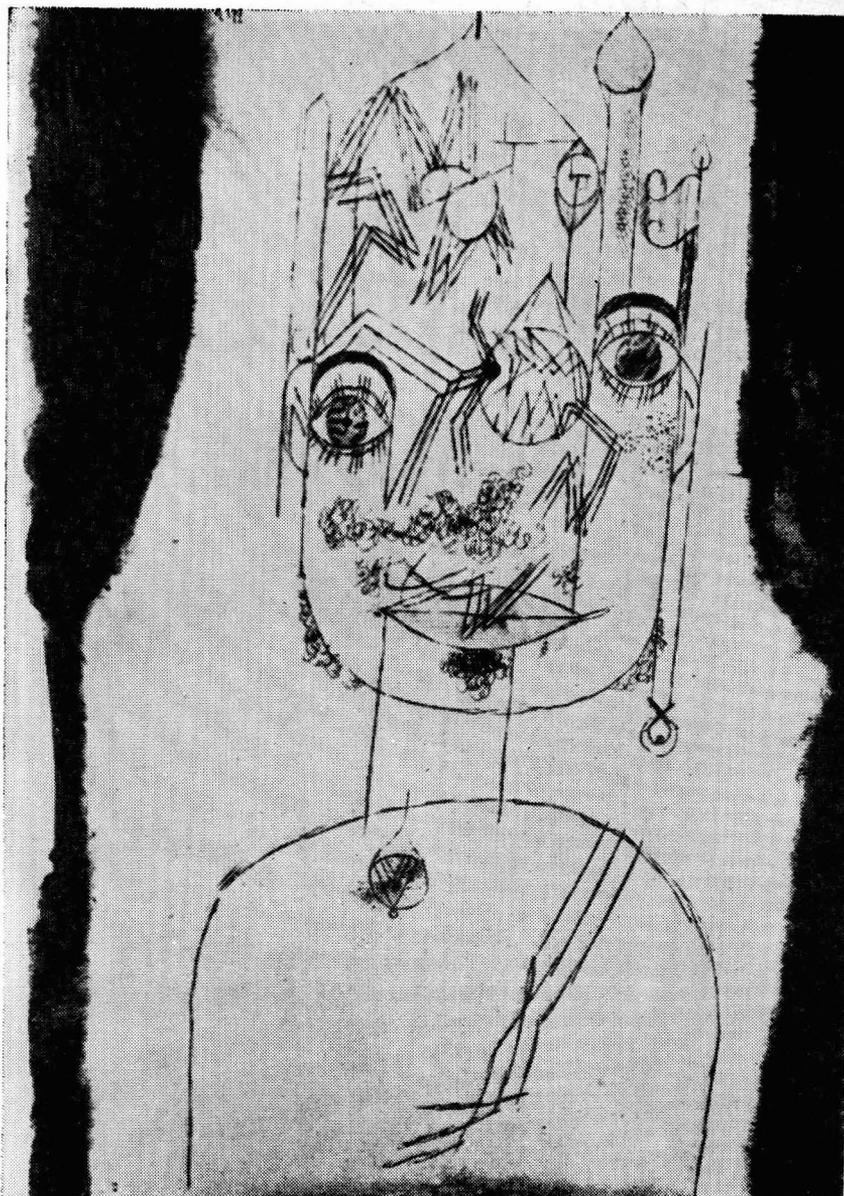
De esa manera, la lingüística histórica y comparada, ha venido a revisar íntegramente la gramática tradicional. La ciencia, "el trabajo cerebral, las máquinas calculadoras electrónicas y el empleo de técnicas estadísticas y otras apenas ahora desarrolladas" han servido inesperadamente al estudio de la lingüística.

C. M.

EMILIO GARCÍA RIERA, *Medio siglo de cine mexicano*. *Artes de México* N° 31, México, 1960.

HE AQUÍ un desfile de fantasmas, una inmensa galería empedrada de buenas intenciones; cincuenta años de ensayos de respiración, algunos vagidos, algunos movimientos enérgicos, agonía lenta y gritos estridentes y poderosos. El breve resumen de cincuenta años de historia del cine mexicano se reduce a eso. La autopsia revelará que, a pesar de algunos órganos en perfecto estado, el organismo, consumido por anemia perniciosa, no pudo resistir.

Para los lectores de la *Revista Universidad de México* y del Suplemento de



Novedades, Emilio García Riera es un perfecto conocido. Único crítico sistemático con que cuenta el cine en México, es también de los pocos que trabajan no por intuición sino sólidamente documentados, de los pocos que conocen la historia del cine despojada de sus anécdotas, picantes o sin sabor, o que saben darles un sentido; cuando, como García Riera, se reconoce al cine una categoría de medio de expresión y se le estudia en relación con otras manifestaciones de tipo estético y social, la crítica se lleva a una actividad tan seria como puede serlo la literaria, la musical o la histórica.

¿Por qué en México, a pesar de contar con los elementos técnicos suficientes, a pesar de que el costo de producción es de los más baratos del mundo, a pesar de que entre los escritores, poetas, argumentistas, directores, ha habido y hay quienes quieran dignificar la expresión cinematográfica, se ha envilecido a tal punto su naturaleza?

En esta rápida visión, se pone de manifiesto la mediocridad crónica de nuestro cine, su repugnancia a todo lo que signifique algo más que dinero rápido, su pertinaz empeño en mutilar la libertad de expresión. Apenas algunos nombres de realizadores, de productores, de películas, sobresalen en la inmensidad desoladora de ese desierto que es nuestro cine: Luis Buñuel, Emilio Fernández, Julio Bracho, Alejandro Galindo...

Una de las razones de la situación es la política corporatista de los sindicatos; otra, que comparte responsabilidades con

la anterior, es la estructura de monopolio voraz sobre la que trabaja la industria cinematográfica. En menor grado influyen la incultura general cinematográfica, no sólo entre los "realizadores" y "argumentistas", sino entre el público mismo a quien se alimenta a base de chismes, de crítica mala y pagada, de revistas consagradas al culto a la personalidad estelar; la ausencia de cine-clubs bien organizados; la carencia absoluta de una cinemateca.

La dificultad fundamental que se ofrece para hacer la historia del cine mexicano radica no sólo en la ausencia de referencias históricas sino sobre todo en la falta de material. Porque ¿con qué objeto se traza la continuidad de la producción mexicana, si no se han de reseñar sino cintas de "Viruta y Capulina", de "Tin-Tan", melodramas rancheros o films "pornomoraes"? El trabajo de García Riera es tanto más meritorio cuanto que ha superado la ausencia de documentos, de cinemateca y de revistas especializadas mexicanas. Ha sabido seguir la pista de obras interesantes y esporádicas y ha logrado establecer una filmografía del cine nacional que nadie ha hecho hasta ahora. Con auténtico sentido crítico ha puesto en su sitio a cada autor y a cada obra, es decir, sobrepasar la enumeración cronológica para descubrir la significación de las obras y medir las intenciones de los realizadores, entre los cuales se destaca sin duda Luis Buñuel, casi cuarenta años después de Salvador Toscano.

M. M.